



# EL HOMBRE DE LAS GAFAS

ILUSTRACIÓN ANA MARÍA CADAVID

ELSA MORANTE

TRADUCCIÓN DE  
JULIA ESCOBAR VILLEGAS

El tres de diciembre (era un jueves) el hombre salió de su miserable estudio situado en la periferia de la ciudad. Su pelo estaba enmarañado, la barba larga e hirsuta por el frío, y las ojeras daban a sus mejillas una sombra negra. Tuvo la sensación, vaga y casi extraña, de tambalear, y el crujido de las escaleras de madera sonó como un retumbo cercanísimo a sus oídos.

En la entrada de los estudios, la portera que sacaba la nieve con una pala se detuvo a observarlo:

—¿Qué hora es? —le preguntó.

—Son las nueve —respondió ella, y lo siguió curiosamente con sus ojos rojos—. ¿Estuvo por fuera estos días? —inquirió al fin.

—¿Cuáles días? —dijo él haciendo un enorme esfuerzo en pronunciar las palabras—. No he salido nunca de la ciudad.

—Lo decía porque había dejado de verlo —explicó la portera—.

El hombre hubiera querido recordarle que justo la noche anterior había pasado a retirar la correspondencia a su desván, pero pensó que era inútil fatigarse con semejante bruja. Y prosiguió camino abajo por la calle gélida, seguido por la estúpida mirada.

Eran las nueve; iría a la lechería a desayunar y luego intentaría transcurrir de alguna manera las horas hasta el momento de ir *donde ella*. El día antes, como era festivo, no había podido verla. “Horrible domingo”, pensó. Recordaba haber errado todo el día por las calles de la ciudad, bajo las casas altas y oscuras y en la nieve inmundada, buscando divisar en algún lugar aquellas redondas pantorrillas desnudas, aquellos graciosos ojos de

pájaro. Quizá por esto se había despertado con los huesos rotos. Naturalmente, ayer todo su errar de loco había sido inútil; pero hoy, como de costumbre, la vería. Ante esta certeza, una niebla le cubrió las pupilas y la sangre le corrió al corazón, cortándole el aliento.

Andaba por la nieve blanda sin mirar, hundiéndose a menudo en las negras huellas de los caballos. Larguísimos árboles sin sombra sobrepasaban las casas de techo blanco. Frente a la lechería, tres hombres habían encendido un fuego; se sentó en el puesto de siempre, dando la espalda al espejo empañado, y se quitó las gafas. Diligente, la lechera corrió a atenderlo; pero él tenía la sensación de ver las caras alrededor extrañamente torcidas y rígidas, llenas de ojos y sin labios. Todavía se sentía tambalear.

—¿Estuvo enfermo el señor estos días? —preguntó la voz de la lechera.

—¡Que no! —respondió él secamente—. Recordará usted que ayer por la noche estaba aquí y que me encontraba muy bien.

—¡Cómo! —exclamó la otra, atónita—. Usted no viene aquí desde el domingo.

—Ayer, o sea domingo —murmuró él, exhausto.

—Pero hoy es jueves —siguió la mujer.

Él sacudió la cabeza y calló con desprecio. Nadie mejor que él podía recordar que el día anterior había sido domingo; nadie conocía como él la agitada fiebre de los domingos, los continuos rodeos, las inútiles esperas. Ahora la niebla incomprensible se adensaba a su alrededor y él experimentaba el oscuro temor de desmayarse en aquel lugar. “Mi frente chocará contra el mármol de la mesa”, pensó. Pero sintió que sus dientes penetraban en el pan fresco y que su lengua árida se humedecía. Las manos le temblaban al despedazar el pan y tragaba con dificultad; pero ahora, detrás del vidrio opaco, vislumbraba más claros los árboles parecidos a grandes pájaros inmóviles. Le pareció oír el silbido del viento y salió a la calle; desde la tienda lo observaban con piedad. “Es jueves —pensó—, y ayer fue domingo. No es posible”. Y rio con sarcasmo de este absurdo.

—Veamos, muchacho, ¿qué día es hoy? —preguntó al guardián del establo, con el aire de un borracho.

—Jueves —respondió aquel mirándolo torvo, con sospecha.

—¡Dios mío! —murmuró él, y con esfuerzo intentó recordar, y volvió a ver sin duda alguna la tarde anterior, festiva, las tiendas cerradas, la multitud, su ansia, y cómo se había encerrado en el estudio por la noche después de haber retirado la correspondencia donde la portera.

Atravesó el puente de hierro con baranda de arabescos, en vilo sobre el río helado. El cielo estaba verdoso, pesado. Aparecieron las cúpulas de la ciudad, los campanarios puntudos. “¿Adónde huyeron estos tres días?” pensó oscuramente. Y rio fuerte, escuchando la propia voz repercutir una y otra vez sobre el puente vacío.

—Sin embargo, no bebo nunca —dijo en voz alta, como para justificarse.

Y de improviso se dio cuenta de que ya estaba cerca de la escuela. El patio estaba cuidadosamente barrido, pero el techo estaba cubierto de nieve. “Todavía dos horas antes de que salgan”, pensó turbado, y caminó de un lado

Él estaba quieto contra el árbol y las gafas empañadas escondían su mirada; tenía extraños bultos en las sienes y en la frente, y la barba volvía grisácea su cara maliciosa y enferma. Sus labios flácidos, sin color, balbucearon débilmente, y el cuerpo sobre el que esas ropas sórdidas estaban como adheridas se agitó convulso, mientras sus manos parecían aferrarse al vacío. Sin hablar, se volteó, y la niña lo vio descender por el sendero; con los brazos abandonados y la espalda curva, en una pesada torpeza, parecía desplomarse en la niebla.

a otro por el patio con los brazos caídos como una marioneta. Al fin salió del patio y se puso en marcha, inerte, a lo largo del prado, escuchando la tormentosa resquebrajadura de la nieve bajo sus pies; se detuvo al abrigo de un pequeño árbol de ramas delgadas y secas, y sonrió pensando que ya solo tenía que esperar y que allí la vería. Pero le pareció ver la propia sonrisa deformada, nueva, frente a sí en un espejo, y tuvo un sobresalto.

Por aquella calle no pasó nadie; a veces escuchaba el rumor atenuado de un carro, los cascos de caballos que chocaban contra la nieve. Pero todo eso estaba lejísimos. El frío y la inmovilidad lo volvieron inerte y su inercia lo espantaba; pero la idea de mover un miembro de su cuerpo, tal vez incluso para levantar una mano o pestañear, lo llenaba aún más de espanto. Sentía como si se sostuviera con esfuerzo en equilibrio frente a un enorme vacío, y que bastaría un mínimo gesto para hacerlo resbalar por el borde. “Ahora perderé la razón, me volveré ciego y caeré, no puedo impedirlo”, pensó con lucidez repentina.

Pero advirtió que la campana de salida repicaba en aquel instante. Justo después escuchó los gritos de las alumnas y vio salir corriendo a las primeras, con sus impermeables y gorritos y las carpetas colgando de las correas. Hablaban en voz alta, se mantenían muy juntas y reían; le pareció ver relampaguear entre ellas *aquella* sonrisa, y fue preso de un temblor convulso; pero se había equivocado. Ahora sentía un calor ardiente en todo el cuerpo, excepto en las manos, que estaban sudadas y gélidas.

Finalmente vio salir a su grupo. Reconoció de inmediato a las tres muchachas que todos los días salían con ella, pero hoy ella no estaba. Caminaban tranquilas, sin hablarse, y él reconoció de lejos el abrigo marrón de la más alta y su orgulloso modo de andar, sacando su mentón. Sentía que no soportaría la espera y la duda un minuto más, pero no daba un solo paso. Vio entonces con claridad que una de las tres se separaba del grupo y caminaba en su dirección.

A medida que se acercaba, podía distinguir mejor a esta jovencita robusta, su rostro redondo de ojos oscuros y vivaces, las manos rollizas que sostenían la mochila. Vestía un corto abrigo del que salía un borde del delantal. No tenía, como la otra, las piernas desnudas, sino cubiertas por medias de lana. Se detuvo frente a él y lo observó, dudosa, moviendo apenas los labios. Él sintió unas ganas desesperadas de formular la pregunta, pero del pecho no le salieron sonidos.

—Murió ayer —dijo la muchacha, sin esperar la pregunta—. Murió de golpe, pero ya estaba enferma.

—¿Cómo? —dijo él, y se espantó escuchando la propia voz distinta y clara.

—El profesor habló de ella y todas nos pusimos de pie —continuó—. Yo también dije “presente” cuando llamaron su nombre.

Al hablar, lo observaba con curiosidad atenta. Él estaba quieto contra el árbol y las gafas empañadas escondían su mirada; tenía extraños bultos en las sienes y en la frente, y la barba volvía grisácea su cara maliciosa y enferma. Sus labios flácidos, sin color, balbucearon débilmente, y el cuerpo sobre el que esas ropas sórdidas estaban como adheridas se agitó convulso, mientras sus manos parecían aferrarse al vacío. Sin hablar, se volteó, y la niña lo vio descender por el sendero; con los brazos abandonados y la espalda curva, en una pesada torpeza, parecía desplomarse en la niebla.

La niña se volvió hacia la escuela; las compañeras, ciertamente cansadas de esperarla, se habían ido, y las ventanas estaban cerradas; también la verja estaba cerrada, y ella se maravilló de que la escuela, antes tan animada, hubiera quedado desierta en pocos minutos. Le pareció tener frente a sí un largo trecho de tiempo que no sabía cómo ocupar. Una niebla imprevista y pesada había recubierto la parte baja de la ciudad, pero las cúpulas y las cimas de las torres estaban todavía libres, y parecían suspendidas en lo alto. De la explanada se veían las calles, el puente y el río, pero todo indistinto, sumergido. Caminó entre los árboles, y la escuela ya no se veía; recorría un sendero de nieve sin pisar y se apresuró pensando: “Voy donde ella”.

El lugar al que llegó no le era conocido; era vasto, inundado por la niebla, de donde surgían altos edificios de los que no se distinguían las formas ni los colores. Un pueblo oscuro circulaba con una velocidad febril, sin chocarse ni detenerse, y de esta multitud sin número ella no lograba reconocer las caras ni el aspecto de la ropa; todos se cruzaban y avanzaban alrededor de ella, y el sonido de sus pasos era continuo, parecido a una lluvia, y como atenuado por una inmensa distancia.

También ella echó a correr.

—¡María! —llamó con fuerza; y un eco replicó su voz, luego otro eco, desde puntos lejanos.

—¡María! —repitió, deteniéndose confundida.

Una voz sofocada, fugaz, como cuando se juega al escondite, respondía finalmente:

—Clara...

Y ella giró sin dirección entre aquella multitud apresurada que la rozaba sin tocarla.

Gritaba al correr el nombre de la compañera, hasta que la vio quieta en medio de la gente, de pie. Cada vez más clara la distinguía; no llevaba encima más que su delantal de escuela, y tenía los ojos fijos y desorbitados.

—¿No tienes frío? —le preguntó, y no obtuvo respuesta—. El viento te despeinó —le dijo.

Entonces la otra, con un gesto distraído, se pasó dos dedos entre los rizos.

—¿Sabes? Lo vi y le hablé —continuó Clara en voz baja—. La amiga se apartó de ella con una mirada aturdida, sacudiendo la cabeza.

—No quería asustarte —se excusó Clara rápidamente, y fue presa de un ansia penosa. En el rostro de su compañera se habían formado arrugas, sus pupilas se volvían opacas y parecía mucho más delgada. “Ciertamente es por la enfermedad”, pensó Clara.

—Él fue quien me mató —dijo la otra de repente, con voz tan aguda que ella se estremeció. Pero ya no era posible hacerse escuchar sin gritar; ahora toda aquella gente en fuga hacía nacer alrededor un viento fragoroso y era necesario tener los brazos contra el cuerpo para sujetar la ropa.

—¿Por qué quieres hablar en medio de tanta gente? —preguntó ella—. ¿Por qué no nos retiramos a un rincón? —. Pero no logró que escuchara su pregunta ni su acento de reproche.

María bajó la cabeza, seria y absorta, como a quien le cuesta recordar. Cuando volvió a hablar, bajó el tono de la voz, tanto que sus palabras se perdían en el silbido del aire y se entendían apenas por el movimiento de los labios. Parecía no percibir la niebla y la fuga circunstante y hablaba primero con prisa, y luego despacio, como un pájaro perdido que bate las alas.

—Me esperaba todos los días junto al árbol -murmuró, mirando de reojo alrededor.

—Todos los días, junto al árbol -repitió la amiga, dócilmente.

—Y cuando me enfermé —prosiguió la otra, en secreto—, de improviso entró en mi cuarto. El aire no era claro, y yo pensaba que estaba con ustedes en la calle. Ustedes se reían de sus gafas, y yo les gritaba que lo echaran; pero luego recordé que me había quedado en cama por la fiebre y que ese era mi cuarto. Él crecía como una mancha negra, avanzando desde el fondo del muro, y decía:

—Aquí estoy, he venido.

Sus dientes entrechocaban mientras trataba de sonreír. Yo grité:

—¡No te conozco! ¡Vete!

Entonces se quitó las gafas para hacerse reconocer, y descubrí sus dos ojos fijos.

—¿Por qué me observas como un ciego? —pregunté.

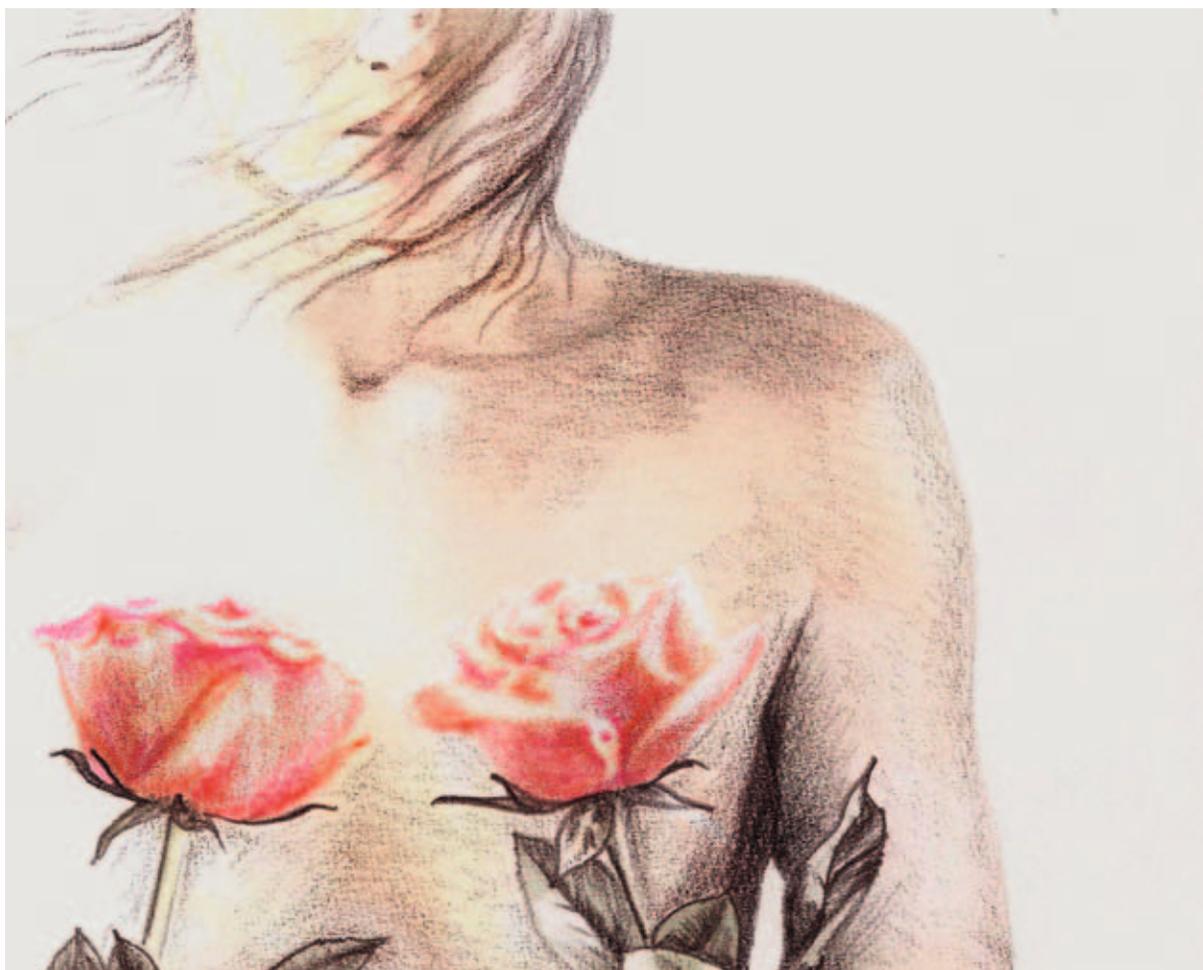
—Porque duermo -me respondió—. Estoy cansado. Ayer era festivo, tú tenías el día libre, y yo deambulé hasta por la noche para encontrarte, husmeando en la nieve como un perro para buscar las huellas de tus pies. Estoy cansado, los brazos me pesan, las rodillas se me doblan.

—Vete, —le dije—. Este cuarto es mío. Tengo miedo.

—Quiero darte miedo -respondió balbuceando—. Pero todavía no me atrevo a tocarte.

Y yo supe que me mataría, por la manera como agitaba las manos. Me daba vergüenza contárselo a mi madre, que no lo veía, aunque él siempre estuviera de pie en una esquina. Durante todo el día y toda la noche permaneció allí, y yo lo observé sin poder dormir un minuto, porque el colchón quemaba y las cobijas pesaban. Por la mañana me dijo:

—Mañana.



Y cada vez más despacio repetía “mañana”. Hubiera huido a la calle, pero ya no tenía más fuerzas en las piernas. Nadie me liberaba. Todos caminaban en puntas de pie, y luego comencé a gritar porque el cuarto se vació, y yo no vi nada más, excepto a él. Estaba mal vestido, pálido, sus ojos me observaban y tambaleaba apretando los puños y sonriéndome. Sentía la nieve caer alrededor, y las paredes descendían replegándose sobre mí y sobre él. Fue entonces cuando mi madre dijo:

—Aún con tantas cobijas tiene frío. Tiembla, la niña. Hay que ponerle la otra camisa, la de lana.

Transcurrida la segunda noche, el tercer día fue corto como un minuto, y yo sentí que él reía con un rumor bajo. Su risa corría por el cuarto como un ratón, y yo no lograba echarlo, ni siquiera cubriéndome los oídos. Escuchaba a lo lejos las voces de ustedes hablando sobre mí, y entendía que ustedes estaban alrededor de mi cama. “No es posible —pensé—, que le permitan acercarse”. Sin embargo, sentí su aliento sobre mi cara.

—¡No! —grité—. ¡No quiero!

Las dos amigas se tomaron de la mano. María conducía a Clara y caminaba temerosa, asomando su nueva y pequeña cara marchita. El viento se debilitaba y la multitud se disipaba a su paso; cuando llegaron a un muro bajo, sobre el que crecía la hierba, la niebla se había vuelto transparente como un vidrio.

Él ya no hablaba y sus manos, cuando me mataron, quedaron lánguidas como andrajos; se dirigió a un camino lejano, subió peldaños de madera hasta una puerta, y sus ojos se cerraban del sueño. Entonces pude alejarme de él.

—Gritaste tanto *antes* —observó Clara, distraída.

—Nadie entendía —dijo la otra con una voz de llanto, irritada; y volteó su cara como envejecida hacia su amiga, con los ojos secos que parecían agrandados por un maquillaje—. Ya no está —murmuró en un suspiro—. Se fue.

En medio de aquellas altas casas sin forma, ella parecía tan pequeña, que Clara sintió piedad.

—Hoy —le anunció entonces en secreto—, todas respondimos “presente” al llamado, cuando leyeron tu nombre.

María se conmovió y le dijo:

—Ven.

Las dos amigas se tomaron de la mano. María conducía a Clara y caminaba temerosa, asomando su nueva y pequeña cara marchita. El viento se debilitaba y la multitud se disipaba a su paso; cuando llegaron a un muro bajo, sobre el que crecía la hierba, la niebla se había vuelto transparente como un vidrio.

—Ya no hay nadie— susurraron.

María se detuvo cautelosa, todavía acelerada. Luego sacudió la cabeza y se recogió toda junto al muro, con una anhelante y rara sonrisa.

—¡Mira! —exclamó en un breve chillido de triunfo. Y lentamente, con infinita ansiedad y respeto, como quien descubre un misterio, se abrió el escote del delantal.

“Debajo no lleva nada”, pensó la otra.

E inclinándose, miraron juntas, conteniendo el aliento por la maravilla.

Se veía que el pecho comenzaba a nacer; sobre la piel infantil, blanca, a los dos lados despuntaban dos pequeñas cosas desnudas, parecidas a dos nacientes gemas de flor.

Rieron juntas, muy bajito. ■

---

*Elsa Morante* (Roma 1912-1985)

Una de las escritoras más importantes de la segunda mitad del siglo xx. Escribió poesía, cuentos, novelas, entre otros. Son célebres sus novelas *Mentira y sortilegio* (1948), *La isla de Arturo* (1957), *La historia* (1974), *Araceli* (1982).